

Nuevo Mundo Mundos Nuevos

Reseñas de libros y CD roms, 2006

Elizabeth Burgos

Létrilliart, Philippe, *Cuba, l'Église et la Révolution*, Paris, L'Harmattan, 2005, 473 p.

Avertissement

Le contenu de ce site relève de la législation française sur la propriété intellectuelle et est la propriété exclusive de l'éditeur.

Les œuvres figurant sur ce site peuvent être consultées et reproduites sur un support papier ou numérique sous réserve qu'elles soient strictement réservées à un usage soit personnel, soit scientifique ou pédagogique excluant toute exploitation commerciale. La reproduction devra obligatoirement mentionner l'éditeur, le nom de la revue, l'auteur et la référence du document.

Toute autre reproduction est interdite sauf accord préalable de l'éditeur, en dehors des cas prévus par la législation en vigueur en France.



Revues.org est un portail de revues en sciences humaines et sociales développé par le CLEO, Centre pour l'édition électronique ouverte (CNRS, EHESS, UP, UAPV).

Referencia electrónica

Elizabeth Burgos, « Létrilliart, Philippe, *Cuba, l'Église et la Révolution*, Paris, L'Harmattan, 2005, 473 p. », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Reseñas de libros y CD roms, 2006, Puesto en línea el 12 mai 2006. URL : <http://nuevomundo.revues.org/index2402.html>

DOI : en cours d'attribution

Éditeur : EHESS

<http://nuevomundo.revues.org>

<http://www.revues.org>

Document accessible en ligne à l'adresse suivante : <http://nuevomundo.revues.org/index2402.html>

Document généré automatiquement le 04 octobre 2009.

© Tous droits réservés

Elizabeth Burgos

Létrilliart, Philippe, *Cuba, l'Église et la Révolution*, Paris, L'Harmattan, 2005, 473

p.

- 1 Al privilegiar el tema crucial de la religión, ángulo desde donde logra descifrar las sutilezas de las estructuras políticas de Cuba, el autor ahonda en la relación del castrismo con la religión; y como bien lo expresa de entrada en la introducción: se trata de dos sistemas de explicación del mundo de vocación universalista — comunismo castrista y catolicismo cubano —, que, según el autor, comparten en su origen una vocación similar; de allí la conflictividad que ha caracterizado la relación entre ambos.
- 2 La publicación de *Cuba l'Église et la Révolution* viene a llenar un vacío, tanto por su rigor académico, como por la novedad del tema: salvo contadas excepciones, pocas obras sobre Cuba han emanado de los medios académicos franceses en los últimos tiempos. También es cierto que la historia de Cuba se ha visto empañada por una lectura instrumental inducida por el enfrentamiento ideológico entre simpatizantes y detractores del proceso político comenzado en 1959, y ello pudo haber actuado como elemento disuasorio. La propia historiografía cubana, como bien lo apunta Rafael Rojas, uno de los más destacados estudiosos del tema, ha practicado el discurso del nacionalismo revolucionario regido por una lógica que se expresa “en el cierre de la nación en el espacio de la isla y el cierre de su historia en el tiempo de la revolución”; a lo cual se agrega el relato discursivo, tanto de la historia oficial cubana, como la del anticomunismo visceral que adjudica a razones coyunturales la génesis del totalitarismo en Cuba. La versión oficial de la historia sitúa el origen del castrismo en un designio que subyacía de antemano y pretende que Fidel Castro y sus acólitos eran falsos liberales demócratas que disimularon su pertenencia al marxismo y cuyo verdadero objetivo era convertirse en una opción alternativa del estalinismo en Cuba y en el resto de América Latina; mientras que los anticomunistas ven en la competencia imperial entre Estados Unidos y la URSS el origen del totalitarismo cubano. Rojas sostiene que ambas versiones eluden la tensión que se instauró durante la fase de la construcción nacional que fue la que determinó el surgimiento de la cultura política cubana en el siglo XIX: tensión que ha hecho oscilar su historia institucional entre la voluntad de asimilación de las instituciones modernas y un principio moral de rechazo a las mismas: éste último queda demostrado, según Rojas, en la voluntad del castrismo de instaurarse como zona de oposición al capitalismo.
- 3 Precisamente, es ese andar entre márgenes, entre una opción y otras, o en la fusión de ambas, lo que nos revelan los finos análisis de Létrilliard sobre la relación del castrismo con la Iglesia, pero igualmente la relación del castrismo con el hecho religioso. Ese entre-dos que caracteriza el caso cubano conduce al autor a preguntarse si el término de totalitarismo conviene para designar al régimen cubano, puesto que si bien es cierto, llena todas los requisitos para serlo, ciertos rasgos atenuarían esa modalidad situándolo en la categoría de “totalizante” o a vocación de totalización de lo político: esa dificultad de definición inclina al autor a optar por la noción de mestizaje, pues la definición del régimen castrista exigiría el recurso a muchas otras categorías. Es allí, en ese hiato que debe contemplarse la relación del castrismo con la práctica religiosa en Cuba. El enfrentamiento se da entre dos sistemas que pretenden dar una explicación del mundo; ambos se sienten investidos de una misma vocación, de una ambición global, ambos son rivales por perseguir un misma meta. Relación de competencia entre lo religioso y lo político, ¿pero, qué encierra esa confrontación, esa competencia? Encontrar una respuesta adecuada conlleva plantearse el objeto que persigue en su totalidad esa rivalidad

entre el catolicismo insular y el castrismo. Para Létrilliart la noción de centralidad sería el término adecuado para designar esa configuración pues descartaría la idea de relación de fuerza o de disputa por una “posicionamiento espacial” y situaría el conflicto en la vocación de los dos adversarios de situarse en la encrucijada de lo humano y de lo social. No se trataría de la “ocupación de los espacios institucionales del poder, sino de la presencia en el seno de las instancias de definición y de gestión, de las relaciones sociales y de los valores individuales”.

La noción de centralidad, conllevaría ahondar en el concepto de “cubanidad”, nos dice el autor; término que usan los cubanos en lugar de identidad. Particularmente interesante es el capítulo tocante al tema de la cubanidad y tal vez sea la primera vez que un no cubano, se aventura al análisis de ese concepto.

4 Además de captar con destreza las paradojas de la historia cubana, el autor *de Cuba l'Eglise et la Révolution* evita el trujinado recurso de la víctima vitalicia que se le suele asignar a la isla caribeña. Vale la pena recalcar, por tratarse de un valor agregado a la obra, el hecho de la permanencia del autor en la isla durante cuatro años desarrollando funciones de diplomático en la embajada de Francia en La Habana. La observación participante o la huella de la presencia in situ del autor, se percibe a todo lo largo de la obra, lo que la enriquece sustancialmente. Y este hecho constituye un punto crucial en cualquier investigación sobre la contemporaneidad cubana, dado el espacio que ocupa la presencia física de Fidel Castro, figura omnipresente en la escena nacional cubana. Esa actividad de “performance” constante, de exponerse constantemente de cuerpo presente, se acompaña de la prohibición expresa de que se construyan estatuas de su figura: Fidel Castro, posee un conocimiento riguroso de la suerte que suelen correr las estatuas de los autócratas y dictadores al ser derrocados o al morir: terminan siempre libradas al escarnio del pueblo.

5 El autor revela que la idea del proyecto de escribir esta obra le fue inspirada gracias a haberse encontrado presente el día en que el Papa Juan Pablo II, en visita oficial a Cuba, oficiaba una homilía en la plaza de la Revolución el domingo 25 de enero de 1998. El hecho mismo de la visita papal, constituía en sí un hecho excepcional, pues el Papa había visitado casi todos los países católicos del planeta salvo Cuba. Otro hecho no menos excepcional, fue el hecho ver a Fidel Castro compartir por primera vez, con un verdadero rival, con un igual en materia de poder y de influencia simbólica, el espacio que siempre había sido su monopolio absoluto desde que accediera al poder en 1959: la plaza de la Revolución, y ello en un país en donde la religiosidad derivada del catolicismo y de la herencia africana, habían sido desplazada hacia el culto a la Revolución y a su líder. Como en todo acto religioso y político, y como lo demuestra Georges Balandier en su reciente ensayo, *Le pouvoir sur scènes*, la actividad política es, ante todo, un trabajo de puesta en escena. Aquel día el impacto mayor de la puesta en escena que se desarrollaba en el templo por excelencia de la Revolución, fue para el joven diplomático, la iconografía y el simbolismo de los colores que constituían el escenario ideado para aquella ocasión en que por primera vez, el culto oficial instaurado desde 1959, aceptaba compartir el mismo espacio de culto, con la religión tradicional, presente en la isla desde hacía cinco siglos, pero que había sido desplazada. Las tres figuras tutelares eran, además del Papa, y de Fidel Castro, un inmenso retrato de Jesucristo, — el parecido con el rostro de Castro en la representación de Jesucristo siempre ha sido flagrante en Cuba desde los inicios de la Revolución — otro del Che Guevara, otra figura asimilada a Cristo, y la estatua monumental del “apostol” José Martí: no dejaba duda la voluntad de demostrar quien era el verdadero dueño del lugar. Muy finamente y demostrando que su conocimiento no se limita al catolicismo, el autor recalca un hecho de una gran sutileza. Si bien el estrato africano de la religiosidad cubana no estaba oficialmente presente aquel día en la plaza, el despliegue de colores podía simbolizar para el imaginario de los cubanos de herencia africana, la presencia de las deidades de su panteón. Acaso el amarillo y blanco de la bandera vaticana, no eran los colores de Ochún y de Obbatalá y el verde del traje pontifical, un atributo de Oggún. Y para los laicos, allí estaba

el rojo y el negro, los colores del 26 de julio, en las charreteras del comandante en jefe. Y para completar, simbolizando el sincretismo religioso, el dorado de la virgen de la Caridad del Cobre, Ochún, dominando el ambiente.

6 La obra consta de tres partes: la primera “État socialiste, société religieuse” expone que la iglesia adversa los cambios sociales brutales, por lo que la dinámica del movimiento revolucionario concibe la institución religiosa en términos de concurrente o de adversaria práctica, política, e intelectual. Al paso de los años, la relación se invierte, el Estado revolucionario se hace rígido pues su vocación totalizadora, lo orienta sobre todo, hacia la conservación del poder. Cuba como encrucijada de influencias, ha sido sometida a las ideas socialistas, marxistas y los valores de las corrientes liberales y cristianas han ocupado un espacio importante en la sociedad civil. Influencias que subyacen de maneja subterránea, pese al control ideológico que ejerce el poder sobre la población. Por otro lado, la insularidad cubana obliga al Líder Máximo a desplegar un sutil juego de equilibrista ante la necesidad del exterior para prolongar su existencia y la expansión ideológica, y la necesidad de coto cerrado a manera de protección ante los peligros de contaminación: en el equilibrio de ambos radica su perennidad en el poder. Ese mismo sentido de equilibrar su relación con la iglesia, y pese a la represión a la cual sometió, en los comienzos, a la iglesia cubana, mantuvo siempre excelentes relaciones con el Nuncio apostólico en La Habana y supo seducir los sacerdotes que fuera de Cuba comenzaban a desarrollar la teología de la liberación. Su formación con los jesuitas del Colegio de Belén, lo prepararon para esos menesteres. La otra vertiente presente en la isla, la del Che Guevara, educado en el precepto laico y formado en la teoría marxista, considera que el precepto ideológico gobierna los actos y es en los preceptos teóricos que deben buscarse la solución de los conflictos. Su proyecto de hombre nuevo, de un ser total y comunista, debía realizarse en el espacio de la economía y de la conducta personal. Según él, la correcta aplicación de la teoría marxista, haría que Cuba se convirtiera en el primer productor de acero, de electricidad y de cemento de América Latina; igualmente, su ingreso por cápita, sería un día superior al de Estados Unidos. El fracaso de la política económica e industrial de Cuba no necesita ser demostrado.

7 La destreza de Fidel Castro en la dosificación de símbolos, hizo del Che Guevara tras su muerte, una figura crística-religiosa ofrecida como ejemplo a la juventud bajo el lema de “seremos como el Che”, muy útil a efectos del “Periodo especial”, a quien se le edifican estatuas y se le da tratamiento de santo. Contrariamente a Fidel Castro que expone su cuerpo de manera lúdica al fervor de su público, Che Guevara lo exponía al sacrificio del trabajo y al enfrentamiento en la guerra, a parece hoy más cercano de lo religioso que de la racionalidad marxista que profesó.

8 Ni gesto irreparable, para no ser él, el causante de la fabricación de mártires – el ejemplo de los dictadores latino americanos se lo demuestran- la relación con la Iglesia, tal y como la organizado Fidel Castro, permanece en un limbo en donde todo no está prohibido pero tampoco admitido. De todas maneras el control que ejerce el poder sobre la población, hace que la profesión de una religión no se desprende del ámbito de lo privado: ello implica una posición política y define una posición ante el régimen, puesto que los mecanismos elaborados por el régimen están lejos de ser sólo un marco institucional, sino que se inmiscuyen en todas las facetas de la vida de los individuos, siendo Fidel Castro el pivote central y único del sistema quien despliega un “autoritarismo, disfrazado de unanimismo” gracias a la confusión voluntaria entre poder legislativo y poder ejecutivo, y el control de la conducta de cada ciudadano mediante un aparato represivo, y un aparato de propaganda incansables en su propósito de control; todo ello justificado por la acción social desplegada por el gobierno desde sus inicios que ha desembocado en un modo de gobernar paternalista como es el caso de toda configuración populista. Para el autor, todo no es negativo en ese paternalismo mezcla de autoritarismo, moralismo, y oportunismo, en la medida en que ese mismo régimen ha

intentado construir una sociedad igualitaria, feminista y no racista”: una demostración de ello es la feminización del mundo del trabajo. No obstante, la isla como en el pasado, sigue gobernada por una mayoría de blancos : la presencia de algún negro o mulato en los altos estratos del Estado constituyen una ínfima minoría.

9 Oposición y alejamiento y finalmente marginalización; así caracteriza el autor las difíciles relaciones de la Iglesia católica y el régimen cubano. Ante un entorno institucional cuyo formalismo reduce la Iglesia a una simple categoría administrativa, que de hecho la marginaliza, la Iglesia debe limitar su acción a una discreta dimensión moral y simbólica, en particular en relación de la pena de muerte ante la cual calló en 1959, mientras el poder revolucionario la hacía aclamar masivamente por el pueblo. Un hecho singular, el organismo encargado de las relaciones con la Iglesia no emana del Estado, sino del partido: queda perfectamente claro de que no se contempla esa relación desde un ángulo de libertad religiosa sino desde el un enfrentamiento ideológico.

10 En su análisis del hecho religioso y su relación con el régimen, el autor no se limita sólo al catolicismo, también se incursiona en el culto afro-cubano, que “disimula para sobrevivir”; en el protestantismo, cuyo apolitismo no es otro que un alineamiento político con el régimen, instrumentalizado por Fidel Castro para oponerlo a los católicos y utilizado por éste como arma de propaganda hacia Estados Unidos; la presencia judía y también la musulmana, muy minoritarias como para que pesen en el curso de los asuntos políticos.

11 La segunda parte, “Quarante ans de malentendus bien compris”, contempla la historia de la presencia de la Iglesia católica en Cuba y abarca desde los inicios de la llegada de Cristóbal Colón hasta la visita del Papa en 1998, que según el autor hizo posible que tras cuarenta años se escuchara otro discurso que el del castrismo, hecho lejos de constituir un hecho puramente simbólico, marca tal vez el comienzo del post castrismo”. La tercera parte, “Regagner la société civile”, parte de la idea de que el catolicismo cubano es consciente de que ya es hora de recuperar su papel rector en la sociedad civil y renovar su influencia en los estratos de la sociedad que van a contar en el mañana próximo del post castrismo y la sociedad civil está llamada a ser el actor potencial de esta circunstancia. El poder lo ha comprendido de allí la vasta operación de control y de represión que ha desencadenado desde que varias organizaciones surgidas del seno de la sociedad han comenzado a expresarse. Un ejemplo, la aparición de una oposición no violenta y que se reclama de los valores del catolicismo, como el Proyecto Varela. Sin contar el papel que puede jugar la Iglesia cuando se presente la circunstancia de la reconciliación, que tarde o temprano deberá llegarle a Cuba. De su reconstrucción depende la capacidad de la Iglesia de convertirse en la mediadora del post-castrismo y ello será determinante para el encauzamiento de la sociedad cubana.

12 La originalidad y la riqueza de análisis logrados por el autor en su propósito, hacen de esta obra un aporte de singular importancia en el marco de los estudios cubanos. Hacemos votos para que una pronta traducción la hagan accesible al público de lengua española.

Para citar este artículo

Referencia electrónica

Elizabeth Burgos, « Létrilliart, Philippe, *Cuba, l'Église et la Révolution*, Paris, L'Harmattan, 2005, 473 p. », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Reseñas de libros y CD roms, 2006, Puesto en línea el 12 mai 2006. URL : <http://nuevomundo.revues.org/index2402.html>

Licencia

© Tous droits réservés

Entradas del índice

Cronológico : siglo XX

Geográfico : Cuba

Licence portant sur le document : © Tous droits réservés